



Universidad Autónoma
del Estado de México

El niño y el mar



Uriel Velázquez Bañuelos
Carlos Badillo (Ilustración)



El niño
y el mar

Primera edición, agosto 2024

El niño y el mar

Uriel Velázquez Bañuelos

Primer lugar del Onceavo Concurso de Cuento Infantil

Carlos Alberto Badillo Cruz

Ilustración

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C. P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-907-7

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Coordinación de diseño: Luis Alberto Maldonado Barraza

Corrección de estilo: Erika Mendoza Enríquez

Diseño y formación: Jarini Toledano Gil



El niño y el mar

Uriel Velázquez Bañuelos

Carlos Badillo
Ilustración



Universidad Autónoma
del Estado de México

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Onceavo Concurso de Cuento Infantil

Jurado

María Eugenia Leefmans
Consuelo Nieto Ortega
Oliver Miranda Charles

Comité Organizador 2024

María de las Mercedes Portilla Luja
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Eder Enríquez Castañeda



Hacia un viento helado que lo llamaba de vuelta al océano. Lo sintió en sus sueños y en su día a día.


—Nunca navegues solo por alta **mar** —le dijo su papá cuando el **niño** solo sabía hacer nudos.

—¿Entonces por qué te vas de la isla? —le preguntó esa misma tarde, cuando las gaviotas se posaban sobre las palmeras del rededor del faro. Su padre no dio media vuelta, siguió empujando el barco hasta la orilla del **mar**. El niño corrió hacia su papá, le correspondía saber la respuesta. O eso sintió. Pero las olas los empujaban en direcciones contrarias; el **niño**, con cada empuje, llegaba más cerca a su casa; su papá, con cada empuje, estaba más cercano al sol de allá, donde el **mar** parecía no tener fin.



Revolcado el **niño**, sintió la arena entre sus calzones y el agua le limpió su carita lagrimeada. Se tendió a las orillas del **mar**, mirando cómo el cielo enrojecido era eclipsado por una sombra que iba en un barco. Su padre se marchó y dejó en el **niño** nudos en su garganta.

—Agros... —dijo el **niño** cuando sintió las lamidas de su perro. Lo acarició suave y calmado. El perro restregó la nariz en el pecho de su amo, buscando también el abrazo.



La arena saltó entre unos pies descalzos. El viento respiró por debajo de su falda y removió sus cabellos que le llegaban al hombro. Se tiró de rodillas frente al niño y lo abrazó como si el mismo mar se desbordara en ese instante para inundar toda la isla. Pero la marea iba al compás con el que la luna se posa sobre el cielo; un suspiro para el alma; ritmo del corazón.

Ella colocó en su pecho la carita del niño, y le dijo:

—Te prometo que todo saldrá bien, mi amor,
no pasa nada. Aquí estoy contigo.

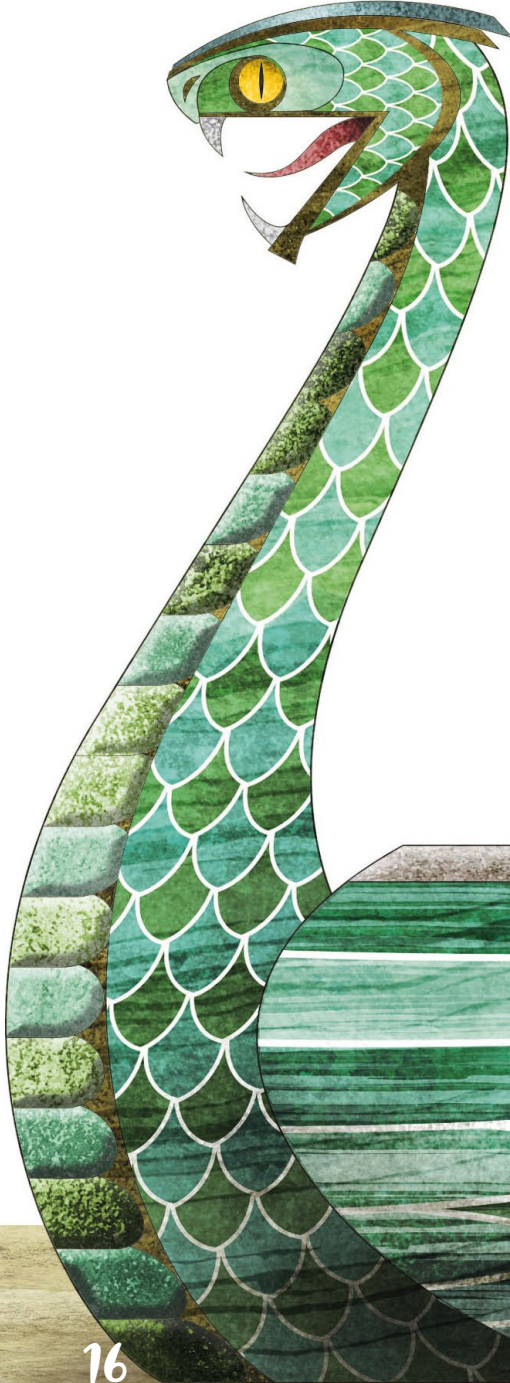
En lo alto del faro, el **niño** limpió la habitación. Era una vista donde la isla sacaba a relucir sus junglas y las casas clavadas en la arena. A veces, sentía la necesidad de aventurarse. Más de una vez lo intentó, aunque no supo si caminaba en círculos o el camino al otro extremo era más extenso de lo normal. Además, Agros siempre lo acompañaba. Aunque habían nacido ahí, en el Pueblo Pelicano, desconocían los secretos de la jungla tropical. El **niño** dio media vuelta y miró el océano. Y entonces, escuchó otra vez al viento soplar. Lo llamaba a sus aguas, a ir más allá de donde sus ojos podían ver. El **niño** se asomó y la sal del **mar** brilló por el día soleado. Y a sus oídos, llegó algo más:

—¡Arturo! —el **niño** se volteó en dirección a la voz, abajo en tierra firme—. ¡Es hora de comer! —y cuando finalizó sus palabras, Agros saltó hacia al **niño** para lamberle su carita.


Arturo y Agros bajaron por las escaleras que se pegaban a los muros en forma de espiral, como si fuese un caracol. El perro esperó en el umbral de la puerta, cuando se le sumó el **niño**, hicieron una carrera para llegar a su hogar. Arturo entró a la casa, sabiendo que perdió. Desde la voz los llamó, pero nadie le respondió. Parecía que ni un alma habitaba ahí, pues ni el silencio se hizo presente. Con cautela, fue moviéndose, extrañado incluso de sus propios pasos. No se escuchaba ni los jadeos de Agros.

Cerró los ojos y agudizó el oído para ver si el **mar** le decía algo. Susurros..., olas de **mar**..., viento..., el vuelo de las gaviotas. Buscó más y más en la música, y recordó aquella tarde. Su respiración iba en crecimiento, el sudor bajaba por su frente..., y entonces, escuchó un grito:





—¡Feliz cumpleaños! —la mujer de repente apareció con una voz que retumbó por los cristales. Arturo tardó en recuperar el ánimo—. No me digas que te olvidaste de tu cumpleaños, ¿o sí? ¡Ah!, tú diario en las nubes.



—Pues me gusta que mis cumpleaños sean más tranquilos —respondió y su rostro se ruborizó. Su madre le señaló, ya con más calma, que las sorpresas no acababan, algo más estaba a la espera en el garaje de al lado. Arturo fue de prisa y vio una lona roja sobre la sorpresa. La mujer rebeló el misterio de un jalón.

—¿Un barquito?! —la sorpresa le ayudó a juntar esas dos palabras.

Necesitaba ser pellizcado para saber si no seguía soñando.



—No es cualquier barco, mira bien —la madera estaba pintada con escamas verdes y azules. En los bordes había líneas blancas, que figuraban un plumaje, y el mástil tenía forma de serpiente, con sus colmillos y una lengua afilada. La mujer ajustó la lona al mástil y ocultó sus manos que estaban manchadas de pintura—. Te presento a la S.S. Úrsula.

—¡Ay!, no, también que íbamos. Es de mala suerte ponerle nombre de niña a un barco —dijo mientras se cruzaba los brazos.

La mujer le sacudió el cabello y le dijo:

—No es mala suerte si tiene mi nombre. No se te olvide que siempre estaré contigo, mi vida.

Arturo la abrazó con mucha fuerza. Y ella respondió con más afecto.

—¿Cuándo podre ir por el **mar**?

—Pronto, hijo, pronto. Solo dame un poco de tiempo —Agros se incorporó al abrazo. Cuando ya fue suficiente, continuó Úrsula—.

Vámonos a la cocina, nos espera tu pastel de coco.

Ya en la noche, sin que nadie lo viera, Arturo se acercó al garaje y vio más de cerca su pequeño barco, y dijo:

—Era perfecto para buscar a papá, pero ¿dónde estás? —paseó la mirada y dio con una flauta de pan que sopló con aire bajito. Ni una nota apareció. No se sabía ni la canción típica de su pueblo—. Seguro mi papá me enseñará —se dijo mientras abría la puerta del garaje. La vista daba directo al **mar**—. Solo mi papá puede enseñarme —concluyó.



Tomó su barquito por la soga y jaló, pero sus fuerzas no le daban para moverlo. Las arenas no cedían. Sin darse cuenta, sus quejidos habían despertado a Úrsula, quien preguntó por lo acontecido.

—Tengo que ir al **mar**, mi papá me espera —respondió con voz quebradiza, no por el esfuerzo, sino por algo en su corazón.

—¡Ay!, hijo. Él no vendrá —y lentamente fue bajando la cortinilla del garaje. Arturo dio pataletas y lloros, abogando que tenía que encontrarlo, que necesitaba aprender más cosas de él. Pero Úrsula, dijo —No podemos encontrar lo que no nos corresponde.

El **niño** se tiró al suelo de arena, donde lo cobijó su perro. Lanzó maldiciones y lloros hasta quedarse sin energía. Cuando Úrsula vio a Arturo sin energía, lo tomó en brazos y lo llevó hasta su hamaca para que pudiera descansar mejor.

Más noche, Úrsula volvió a la habitación del **niño**. Lo besó en la frente y cuando sus labios tocaron la piel, se escuchó un susurro: —Lo siento mucho, hijo —salió sin hacer mucho ruido y se fue a caminar por la orilla del **mar**.



El cuerno de un barco, que gritaba a los cuatro vientos, despertó al **niño**.

Sus ojos se abrieron lentamente, como si a su mente le costara volver a la realidad, luego de un sueño acogedor. Apenas dio el bostezo cuando vio que Úrsula irrumpió en la habitación. Agros ladraba sin parar.

—¡El barco se hundió! ¡Ven, ayúdame! —Arturo quiso preguntar sobre el barco, cuando su madre lo jaló de la hamaca para llevarlo con ella. Desde la ventana, se asomaba un destello danzante. La arena estaba fría y afuera ni el aleteo de las gaviotas se escuchaba.

Justo cuando Arturo bostezó, se escuchó el cuerno del barco.

Apenas salieron de la casa, Arturo vio el barco en llamas, donde venía aquel cuerno de auxilio, y las sombras saltando al agua. Era tan largo como veinte casas encalladas, y tan alto como el faro. El fuego resplandecía en la oscuridad, eclipsando a la propia luna que atestiguaba la vida de cientos de hombres en peligro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Arturo. En ese instante, miró cómo su perro corría a las orillas del **mar** para auxiliar a la tripulación que a duras penas llegó nadando.

—¡Ayuda a Agros! —respondió Úrsula con firmeza, y antes de echarse a correr, añadió: —Yo iré al faro, ajustaré la luz para que vean mejor en la oscuridad. Agros, cuídalo, por favor.

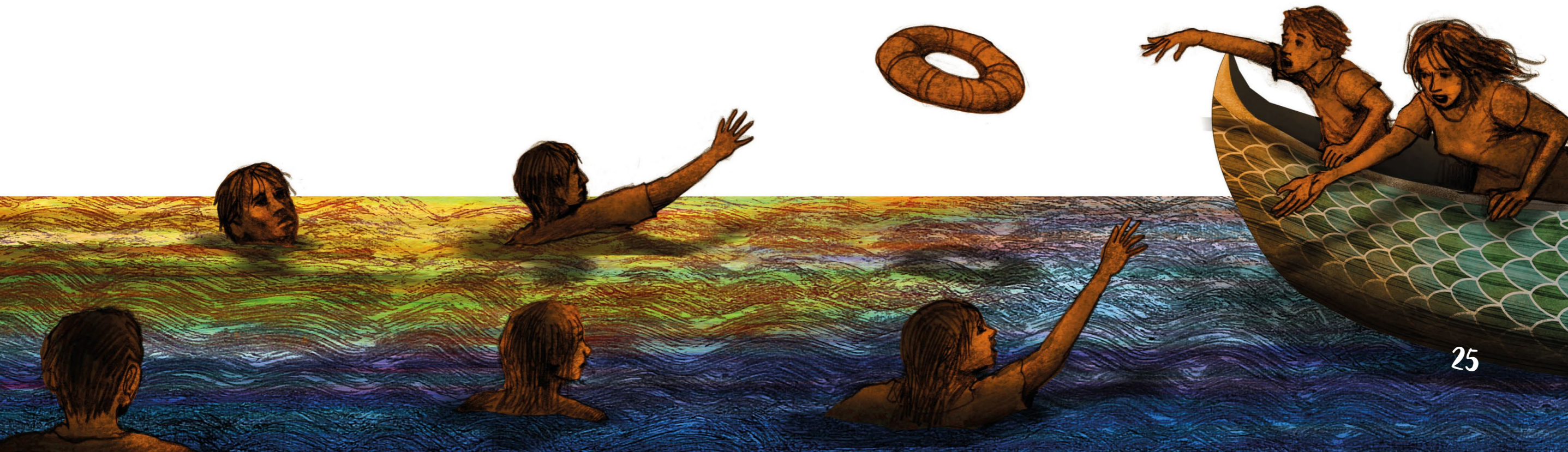
Arturo y Agros corrieron auxiliar a la tripulación. “No son de esta isla”, pensó luego de verlos más de cerca. Se limitó a hacer preguntas y ayudó cuanto pudo. Poco a poco, los vecinos se despertaban de su sueño y se sumaban al rescate. Los secaban con mantas y toallas, les daban el ánimo y el calor con bebidas y alimentos, y a otros les calmaban los nervios con palabras de apoyo. Cuando Úrsula se incorporó con el niño, escucharon al capitán decir que aún faltaban tripulantes por salvar, que quizás estaban a bordo del barco o perdidos entre el agua. Úrsula pensó en las posibilidades. “¿Será muy pronto decirle que aquellos hombres no tendrán la misma suerte?”, estuvo a punto de decir, pero el aliento de su hijo apremió:

—Podemos usar mi barco —Úrsula asintió y fue a tirar de la soga.

Arturo ayudó también, y dijo:

—No voy a dejar que navegues sola —y Agros también jaló de la soga.

Cuando llegaron a las orillas del **mar**, Arturo subió a su bote y esperó sentando. Agros se quedó en tierra firme. Úrsula empujó el bote, y ya hasta cuando sintió que la mareaba, se subió. Se posó en el mástil, y con su espada señaló el punto a seguir; a babor, donde venían los llamados de los marineros. La capa de Úrsula se ondeaba junto a la vela del barco. Era un rojo vivo que danzaba como el fuego. El barco parecía reptar por las olas. Eran viajes de ida y vuelta; a cada ida recogían a los marineros y los llevaban a la playa, para luego, volver al **mar**, o al barco que con llamas invitaba a las nubes a dejar caer sus lágrimas y agitar las olas.



En uno de esos viajes, Arturo escuchó a dos marineros decir que todo era por un accidente de lo más inusual. Se supone que habían salido a la proa del barco para probar unos fuegos artificiales, porque ya venían las fechas serpentinas. Cuando de pronto, alguien de la tripulación vio una sombra que reptaba por el cielo y el **mar**, como si ambos fueran un solo camino. El marinero mencionó que su compañero se asustó y los fuegos se desviaron hasta explotar ahí mismo en el barco. ¿Pero quién nos va a creer esto?, concluyó su historia.

Cuando dejaron al último marinero en la playa, el capitán hizo un recuento de sus hombres. Úrsula estaba identificando a cada tripulante con la mirada. Las nubes dejaron caer su lluvia. —Que bien, eso apagará el fuego —dijo alguien. Arturo, aún en su barquito, se dio media vuelta y con el catalejo miró una sombra en el barco. Levó el ancla, tomó la espada de su madre, y dijo:

—¡Falta uno! ¡Iré yo! —pero su grito no fue escuchado salvo por el **mar**.

Cuando Úrsula vio que su hijo zarpaba le gritó:

—¡Arturo, Arturo, da la vuelta! ¡Arturo, Arturo!, ¡vuelve! —Y en el viento escuchó las desgracias: —No, no, no puede ser, no. Todo iba tan bien —Y pensar que esto había sido un milagro. Pobre de su mamá, ahora sí se quedó solita. Ese **niño** salió igual que su padre.

Arturo trató de ajustar la vela para guiar al barco de vuelta a la playa, pero la lluvia orquestaba el ritmo de las olas. El océano lo reclamaba por fin. Poco a poco, Arturo vio cómo sus seres queridos se hacían pequeños, hasta que ya solo vio agua y oscuridad a su alrededor. No sabía si navegaba sobre aguas o sobre las nubes. No sabía si se empapaba de agua salada o agua de lluvia. Se aferró al mástil y lloró hasta quedarse dormido.

Un pelicano se posó en el mástil del barco. Con su pico limpió su plumaje y vio el **mar** que relucía ante el sol en un cielo libre de nubes. Buscó comida, pensando en que quizá era uno pesquero, pero solo dio con la espada, un catalejo, la flauta de pan y un **niño** que picoteó hasta sacarlo de los sueños.

Arturo se incorporó de vuelta a la vida. ¿Qué recordaba de aquella noche?, una mujer surcando las nubes hacia una roca llameante. Miró alrededor suyo, apoyado del catalejo, y ni señales del barco o de su amada isla. Cuando despegó el ojo, notó que el pelicano había partido a quién sabe dónde. Se subió al mástil y alrededor vio agua salada y nada más. Ni aparecía el viento que soplará la vela. Se acostó y tocó sin desgano su flauta de pan.





—Esa no es la forma correcta de soplar, pequeño —le dijo una voz gruesa y profunda. Arturo se sobresaltó. Cuando se dibujó la sombra de un hombre, se puso de pie. “¿Papá?”, pensó. Pero no encontró a nadie a simple vista. Dejó caer el instrumento y se recostó de nuevo. “Quizá, el viento me lleve a otra parte”, se dijo a sí mismo.

—¿Qué ocurre? —volvió a empoderarse la voz—. ¿Vas a dejarlo todo así sin más? ni siquiera has hecho el intento, pequeño.

—No tiene caso... —concluyó con aliento seco.

Del **mar** reptó hasta el cielo una figura que sacudió al barco. Arturo se sobresaltó y fue ahí cuando lo miró. Era una serpiente gigante, con alas y colmillos plateados. Sus escamas eran verdes como las algas y azules como las conchitas. Cuando hablaba, su vibración producía ondas, y el aliento le olía a sal. Arturo miró su espada y se puso en guardia. La serpiente, dijo sin más:



—¿Te sabes esta melodía, pequeño? —siseó con el viento varios tonos que escalaban y bajaban en un ritmo. Arturo bajó la espada y tomó su flauta. Sopló despacio en cada uno de los agujeros. Cuando reconoció los tonos, sopló solo los correctos en orden—. Bien, bien. Ahora más rápido, dale vida.

Y Arturo obedeció. En sus manos sintió que el instrumento vibraba tan dulce como la música que producía. El ritmo le daba esa energía que no había sentido antes, que le motivaba a tocar más y más. Y la serpiente alada se sacudió. Poco a poco, la piel se fue cayendo al agua, hasta perderse en las profundidades.

Cuando el **niño** dejó de tocar, la serpiente lucía colores más radiantes y el viento soplaba detrás de sus alas.



—Se te ha pedido algo y has obrado en buena fe, pequeño —habló la serpiente alada—. Es por ello que te concederé dos verdades que ahora mismo no sabes. Pues viajo entre dos reinos y es todo lo que se me permite conocer.

Pídeme algo del cielo. Pídeme algo del **mar**.

—Quiero saber dónde está mi papá —dijo Arturo tras soltar el nudo en su garganta. La serpiente alada le preguntó que, si en verdad quería saberlo, y el **niño** insistió.

—Sobre distintas nubes he viajado. Algunas pequeñas, otras grandes. Cada una de ellas, así como cargan las lluvias, cargan también distintas vidas. Sé de un hombre que se alejó por el **mar** a media noche; fue solo y sin mirar atrás.

Ahora mismo, yace en otra isla, con otra familia.

Nunca se perdió. Tenía claro a dónde quería ir. Por otra parte, tú podrías seguir por la misma ruta y, llegaría primero el hambre y el frío a ti, que tú a la isla donde vive tu padre.

Arturo cayó en llanto. Preguntó muchas cosas sobre las acciones de su papá, pero la serpiente no dijo nada.

—Si en verdad amaba a mi mamá y a mí, ¿por qué se fue? —dijo y golpeó el mástil; hasta los puños le sangraron. Gritó al cielo por todo y se sentía menos por nada. La serpiente alada se quedó ahí, esperando a que el **niño** desatara todos los nudos en su corazón.

—Mi papá me dijo que me enseñaría a tocar más canciones —y miró su flauta de pan, que ahora le parecía fría y sin color. A lo que la serpiente respondió:

—Y, sin embargo, pequeño, fuiste capaz de aprender algo nuevo —la serpiente alada posó la cabeza a la altura del barco y continuó: —Esta verdad será un regalo, pues ahora mismo no eres capaz de pensar con claridad. Pero sé de alguien que te servirá. Me lo contó el océano. Un día, cuando tu mente esté despejada como este cielo, y tu corazón sea tan basto como estas aguas, podrás preguntarle al **mar** por otra verdad y yo responderé. Hasta entonces, cuídate, pequeño, y disfruta de aquello que ya tienes.



Y la serpiente alada sopló hasta llenar la vela de energía y viveza. El barco saltaba entre las olas de **mar**, que parecía un delfín. No. Reptaba con suma gracia por las aguas. Más pronto que tarde, Arturo dio con un faro que estaba encendido en plena luz del día. Luego de eso, una isla que poco a poco asomaban distintas casas enterradas en la arena. En las orillas del **mar**, vio a Agro, quien lo vio llegar y le trajo consigo a Úrsula.

—¡Arturo! ¡Mi **niño**! —gritó Úrsula apenas vio el rojo danzante del barco. Caminó por las aguas, soportando cada choque de las olas, hasta que el barco dio con ella. El ancla se sumergió en las arenas; y el hijo, en los brazos de su madre.





Uriel Velázquez Bañuelos

Estudiante de la licenciatura en Escritura Creativa por la Universidad de Guadalajara. Autómata/columnista en la revista *Penumbria* y miembro del Gran Colisionador de Textos Especulativos y de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena.

Su escritura se ha extendido por varios géneros literarios, como el cuento, poesía, dramaturgia, ensayo y novela, en donde aborda la ciencia ficción, fantasía, el terror y horror, la ficción negra y más.

Sus obras más destacadas se encuentran en distintos libros y revistas literarias: “Carbono” en *El pueblo de los gatos y otros relatos singulares*, por Editorial Dreamers (2019). “El muñequito de madera” en *Historias fantásticas para soñar despierto*, de Mandrágora Ediciones (2019). “El baile secreto de los gatos” en *Gatos, Arte y Amor*, por 9editores (2020). “Entre las luces y las sombras” en *Los mundos que se agotan: cuentos apocalípticos*, por Paraíso Perdido (2020) y en *Mundos en Colisión*, por Gran Colisionador de Textos Especulativos (2023). “Negra Paranoia” en *La amante y otros microrrelatos*, por Ediciones Rubeo (2023). “Canción de un ave metálica” en *Materiales Ficticios Volumen I*, por Editorial Claymore (2023). “Las Raíces de la tumba” en *Xalisco Monstruoso*, por Mandrágora Ediciones (2023). “Corazón de acero” en *Letras Compartidas*, por Ediciones Momo.



Carlos Alberto Badillo Cruz

Nace en Tepetzintla, Veracruz. Licenciado en Diseño Gráfico por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMEX). Ha obtenido numerosos reconocimientos en México y en el extranjero por la calidad trascendencia de su trabajo en las áreas de diseño, ilustración gráfica, pintura y dibujo. Ha sido seleccionado en diversos Catálogos de ilustradores en México, Iberoamérica, Italia y Emiratos Árabes.

En 2012 pinta el mural “Toluca Bicentenario” como parte de la conmemoración del Bicentenario de la Fundación de la Ciudad de Toluca. Forma parte del programa de Muralismo para la UAEMEX realizando obras con innovaciones técnicas de resistencia a la intemperie para su posteridad, elaborando piezas de gran formato como el mural exterior de vitromosaico “Dr. Ángel María Garibay Kintana”, que se encuentra en el Plantel Preparatoria No. 5, y el mural “La otra cara de la moneda” elaborado con monedas de baja denominación dentro de la Sala de Lectura de la Facultad de Economía de la UAEMEX.

- △ Para leer en Navidad
- ✶ Para leer fuera de Navidad
- 🥛 Acompañar con un vaso de leche
- 🚗 Para leer en el auto de papá
- 🚗 Para leer en el auto de mamá
- ⦿ Para leer solo y esperando
- ◻ Para leer antes de dormir

SDC



ANIVERSARIO
U A E M E X